

la virtud. No sirve decir *que el culto esencial es el del corazón, que Dios no desecha el homenaje que es sincero, de cualquier modo que se le tribute y ofrezca*: todas estas son ilusiones. El *homenaje del corazón* necesariamente debe venir dirigido por las ideas del entendimiento; de allí trae su cualidad de bueno ó malo, de inocente ó perverso. Si las ideas del entendimiento son justas y verdaderas, el homenaje del corazón que se tributa á Dios es santo é inocente: si son torcidas y falsas, es supersticioso y vicioso. Luego así como es una sola la verdad en el entendimiento, así solo uno puede ser el homenaje del corazón agradable á Dios; y así por mas que se desviva un judío, un mahometano, un idólatra en afectos y protestaciones de culto, todo es vano, odioso y desagradable á Dios, como dirigido por la mentira, é inficionado de sentimientos erróneos, ó sobre la naturaleza divina, en orden á su unidad, ó veracidad, ó santidad, ó soberanía, ú otros divinos atributos. Siendo pues esto así, confesando Rousseau que no sabe cómo *responder* á las objeciones contrarias á la divina Revelación, manifiesta, por no decir mas, la debilidad de su entendimiento; y queriendo autorizar como *buenas y saludables* todas las Religiones, acredita un lamentable extravío de razon¹.

CAPÍTULO VI.

Disuélvense otras varias objeciones de los Naturalistas.

I. *Ensayo de la crítica del Filósofo del buen sentido en orden á la historia de Moisés.*

Después de haber disipado las objeciones que á la manera de un negro y pestilencial vapor derrama el filósofo

¹ Podríamos y convendría para hacer mas palpable esto, después de tantas invectivas de Rousseau contra la revelación, examinar el elogio que hace del Evangelio; pero lo reservamos para la tercera parte de este libro, donde volveremos á hablar de este filósofo.

de Ginebra, Juan Jacobo Rousseau, sobre los caracteres de la Revelación divina, á fin de hacer, si le fuera posible, incierta su existencia entre los incautos, débiles é ignorantes; es oportunísimo examinar los sofismas y errores de que con el mismo fin é intencion se sirven otros escritores incrédulos. A la verdad, podríamos muy bien, sin temer la nota de calumniadores, darles el nombre de nuevos Proteos, segun es la inconstancia y versatilidad de sus opiniones, y los diversos semblantes con que se presentan. A veces parecen admitir la revelación de los Libros santos, pero al mismo paso introducen y artificiosamente presentan ciertas dificultades sobre algunos pasajes, que con aire humilde confiesan y llaman *invencibles é inconciliables*. Otras, y es lo mas comun, invectivan contra la moral de la Religión cristiana. Ya derraman á manos llenas el ridículo sobre el Culto sagrado; ya censuran agriamente la Disciplina; ó ya en fin calumnian, muerden, ultrajan sin miramiento alguno á los Ministros de la Iglesia. Todo lo cual expuesto en estilo satírico, sembrado de sales cáusticas, de anécdotas y cuentos malignos, al paso que manifiesta el odio declarado contra la Religión santa, hace no pequeña impresion en los corazones débiles, y no bien solidados en su creencia. Demos alguna idea de ello. El autor de la *Filosofía del buen sentido*, proponiéndose mostrar en un párrafo¹ la incertidumbre de la Historia en sus principios, dice: «Que nosotros no tenemos mas noticia de lo sucedido hasta el diluvio; que la que nos dan los libros de Moisés. Mas sin embargo, si queremos consultar á los otros historiadores que pueden instruirnos sobre los tiempos mas remotos, si admitimos ó nos atenemos á los *Anales de la China* y de los Egipcios, nos veremos obligados á desechar el Génesis como un libro apócrifo; porque los escritores de aquella Nación hacen su bir los principios de la historia á muchos millares de años antes de la creación del mundo. La fe y la Religión nos obligan á no profundizar esta cuestion.» Optimamente. Y en el entretanto al pié de las páginas en notas, y aun en el texto mismo va indicando con aire

¹ Reflexion 1, § 4.

grave y misterioso todo cuanto á su parecer puede desmentir á Moisés acerca de la época de la Creacion del mundo, de la universalidad del Diluvio, de la poblacion de la tierra, de la fundacion de los Imperios. Copia con este objeto largos y venenosos pasajes de Lenglet tomados de sus célebres folios suprimidos¹ conservados por Beyer, otros del *Espía turco*, otros del autor de las *Cartas judias* (es decir, de sí mismo), en los cuales siembra dudas sobre todo el sagrado texto. Y especialmente hablando de la salida de los Israelitas de Egipto, y de la sed que padecieron en el desierto, cita algunos testimonios de Tácito, cuya *autoridad*, dice, *es de grande peso*, con lo cual se aniquilan los prodigios referidos por el escritor hebreo. Después de lo cual concluye friamente así: « Los autores judíos² nos aseguran hechos desmentidos por los Egipcios. La verosimilitud parece estar de parte de estos últimos: mas la Religion habla en favor de aquellos. » Creo que aun los mas sencillós no dejarán de conocer á primera vista el fin y objeto de este escritor en tales narraciones: ¿Cuál otro puede ser sino excitar dudas sobre el texto sagrado en el ánimo de aquella su Dama con quien razona, y en el de las otras personas de igual carácter para quienes escribía? Pero en verdad, este filósofo que se precia de *tan buen juicio*³, díganos por su vida: ¿Está persuadido que los libros de Moisés han sido revelados por Dios, ó no lo está? Si lo está, todos los monumentos en contrario de nada sirven, ni aun *apariencia* deben tener *de verdad*. ¿Dios ha hablado? *El solo es veraz, y todo hombre falaz y engañoso*. Los Anales Chinos y Egipcios, en lo que contradigan á Moisés, son un tejido de fábulas: Maneton sueña; Tácito desbarra; Lenglet es un impúdico: el *Espía turco* un li-

1 Nicolás Bautista Lenglet du Fresnoy es bien conocido por la mordacidad cáustica de sus escritos. Entre la varia erudicion que se nota en sus diversas obras de química, historia y medicina, se encuentra en muchas de ellas una obscenidad la mas atrevida; por lo comun comentaba un pasaje licencioso con notas mas obscenas aún. Solo en el *Método de estudiar la historia* se suprimieron tantas páginas que forman un tomo en 4^o bastante abultado, que se imprimió y vendia subrepticamente, y es del que habla el autor.

2 *Ibid.* — 3 *Ibid.*

bertino: el autor de las *Cartas judias* un bufon; y todas las dificultades que propone contra la voz de un Dios, son sofismas y necedades indignas de ser oídas. Estas son consecuencias necesarias de aquella proposicion. Luego el repetir con aire grave y misterioso contra la divina Escritura tales ineptias, como si fueran argumentos de gran valor, es un extravío solemnísimo de la razon.

Y si nuestro *sensato* filósofo solo por mófa llama *santos* á los libros de la Escritura, y miente contra sí mismo diciendo¹ se debe prestar *sumision á su autoridad*, cuando de hecho no quiere reconocerlos por revelados, ¿cómo responde á las demostraciones irrefragables con que hemos probado la existencia de esta revelacion divina? Asígneles una causa sencilla, que explique la conexión de todos aquellos fenómenos que confirman la doctrina de los santos Libros. No lo ha hecho, ni lo hará jamás. Si se dice que con estas dificultades no se proponia otra cosa que minar sordamente las pruebas de la revelacion; ¿en qué razon cabe semejante absurdo, sino en la de una persona delirante? Porque en efecto, dado que no supiese como desvanecer estas *aparentes* contradicciones, como él las llama, ¿á quién ha ocurrido jamás por unas simples *apariencias* abandonar una demostracion, contrabalancear por simples conjeturas razones sólidas, y querer ofuscar con una pequeña sombra la brillantísima luz que difunden de sí los mismos santos Libros, y patentizan ser divinamente revelados? ¿Quién es tan ignorante hoy que no sepa que todas las objeciones propuestas con tanto desvanecimiento por este filósofo, son miserables ineptias confutadas millares de veces por los católicos y protestantes? ¿Quién ignora que esas antiguas dinastias (*sucesivas y no la'erales*) de los Egipcios, están ya confinadas por los mismos impíos, avergonzados de haberse dejado llevar de tales mentiras al país de las fábulas? ¿Quién no sabe que los Anales Chinos, de que los incrédulos no hubieran hecho el menor aprecio, si no hubiesen esperado combatir con ellos las verdades reveladas, examinados profundamente (porque la Religion no teme el contraste de ser, ni en

1 *Hist. 1. Mundi atat. dissert. 10, art. 4.*

esta ni en otra cuestion, *examinada*) por los hombres mas doctos y peritísimos matemáticos, tales como Cassini, La Hire, Wihiston, Freret y otros, nada presentan que pueda contrarestar á nuestras Escrituras; y que por exquisitas observaciones hechas sobre ellos, y de las que hemos hablado en otra parte, se ve la insubsistencia de la supuesta antigüedad que les atribuyen nuestros incrédulos para subir con sus épocas mas allá del Diluvio y aun de la Creacion? ¿Quién ignora que las dificultades sobre la universalidad del Diluvio, y nueva poblacion del Orbe, expuestas en los *suprimidos* pliegos de las obras de Lenglet, reproducidas con tanta malignidad por el autor de las *Cartas judías*, han sido rebatidas y victoriosamente confutadas por Natal Alejandro¹, Agustín Calmet², y otros muchos, como el mismo Beyer³, conservador de aquellos escritos prohibidos, confiesa? ¿Quién ignora que la opinion de Spencer y Marshan acerca de los *Ritos* de los Hebreos, que figuraban derivados de los Egipcios, y que tanto aplaude nuestro filósofo, ha sido desvanecida por el mismo Natal, Wistio, Menchenio y otros muchos? En fin, ¿á quien no mueve á risa ver á nuestro filósofo oponer á Moisés que escribia lo mismo que vió en Egipto y en los desiertos de Arabia, y en que tuvo tanta parte, á presencia de los mismos con quienes habia sucedido, sin que ninguno pudiese desmentirlo; oponer, digo, á un Moisés, testigo de vista, un Tácito que vivía en Roma muchos siglos despues, en tiempo de Domiciano, y cuyas equivocaciones acerca de las antigüedades hebreas son notorias aun á los medianamente instruidos, y que tan sólidamente han sido manifestadas y rebatidas por Wormio⁴ y Kirchmayer⁵? Por último admita el *Filósofo del buen Sentido* los Libros *Santos* por divinamente inspirados; ó riase impíamente de ellos, siempre se mirará su modo de escribir como contrario á todo buen sentido, y como fruto de una razon extraviada. Así que, aun cuando pudiera inspirar alguna duda en las almas débiles é ignorantes, en los sabios y

1 *In Comment. in Genes.* — 2 *Hist. crit. lib. rar.*, § 65. — 3 *Hist. 4. Mundi. atat. dissert.* 3.

4 *In Ægiptiácis.* — 5 *De corrup. antiq. Hebræor.*, lib. 2.

prudentes excitará la compasion y será mirado como un nuevo trofeo atado al carro triunfal de la verdad de la fe.

II. Otro ensayo en orden á la moral del Evangelio tomado de las *Cartas Judías*.

Pero pasemos á dar otra nueva idea de la sensatez de los Naturalistas. Nosotros respetamos la moral evangélica, como dictada por un Legislador divino; y aun cuando no conociésemos la razon, que no es así, de alguno de sus preceptos ó consejos, nos bastaria la autoridad de quien los impone para someternos: ni los libertinos tendrán derecho alguno para censurarlos, si antes no demuestran les falta el carácter de revelados. ¿Y lo han hecho? ¿lo harán? Nunca. ¿De qué sirven, pues, todas esas vanas declamaciones contra el odio de nosotros mismos, el amor de la pobreza, la fuga de las pompas del siglo, la custodia de la virginidad y del celibato, y contra los demás preceptos y consejos evangélicos? El autor de las *Cartas judías*, aunque tan audaz contra la Religion, alguna vez arrastrado de la fuerza de la verdad no puede menos de hacer el debido elogio de nuestra moral, y se explica así¹: « Los primeros doctores Nazarenos (es decir, Cristianos) predicaron una doctrina » tan conforme á la equidad, y tan útil á la sociedad, » que sus mayores enemigos convienen hoy que sus preceptos morales se aventajan infinitamente á los de los » mas sabios filósofos de la antigüedad..... Nuestra moral (la Judáica) tiene un no sé qué de feroz: la de los » Nazarenos parece dictada por la boca del mismo Dios. » La buena fe, el candor, el perdon de los enemigos, » todas las virtudes que el corazon y el espíritu pueden » abrazar, todas les están estrechamente mandadas. Un » verdadero Nazareno es un filósofo perfecto. »

¿Qué elogio mas magnífico puede darse de nuestra moral? Pero ¿cómo pueden conciliarse con él tantas inyectivas, tantas censuras y sátiras contra la moral cristiana de que están llenas sus *Cartas*? Cotejemos unos

1 Carta 142.

pasajes con otros. Oigámosle. « La Religión Nazarena ¹ » no parece propia sino para hacer cobardes. Sus doctores les inspiran el desprecio de las injurias y la pobreza; les ordenan además amar á los enemigos, y á los que los persiguen. Preceptos directamente opuestos á las ideas de gloria, la cual requiere que se tome una venganza solemne de una afrenta recibida en público. » Y bien, ¿ qué se hizo aquella boca divina que dictó nuestra ley, tan conforme á la equidad, y tan útil á la sociedad, entre cuyos preceptos se halla el perdón de los enemigos? Allí el Nazareno que perdona las injurias es un filósofo perfecto; y aquí el que no se venga solemnermente es un cobarde y vil. Oigámos todavía otro nuevo lugar donde comenta unas palabras del Alcoran, en las cuales Mahoma ordena el perdón de las injurias. « Supongamos, dice, que un turco siga los preceptos contenidos en este pasaje, ¿ no será, en verdad, un hombre honrado, virtuoso; pio y digno de la estimación de todo el Universo? ¿ Hubo jamás moral mas pura que la que encarga la limosna, el perdón de las injurias, y funda la misericordia de Dios sobre estas virtudes? » Tenemos pues en el mismo autor, y en el mismo libro, que la moral del Alcoran, recomendando el perdón de las injurias, es la moral mas pura; y la ley cristiana que manda amar á los enemigos, no es propia sino para haer cobardes: y por otra parte, que la moral cristiana, que manda el perdón de los enemigos, es útil á la sociedad, y parece dictada por el mismo Dios. Un turco que perdona, es digno de la estimación de todo el Universo; y un Cristiano que perdona, se opone á todas las ideas de gloria. Últimamente, un verdadero Cristiano que perdona las ofensas es un filósofo perfecto. Creo que ni el mismo Archimedes con toda su estática sublime, con la que se lisonjaba poner todo el globo terráqueo en equilibrio en una romana, no hubiera podido conciliar tan discordantes proposiciones. ¿ Podremos ya negar que el extravío de la razón es el verdadero carácter de los que impugnan y hacen la guerra á la Religión? Para contradecir á la verdad conocida es necesario contradecirse á sí mis-

¹ Carta 48. — ² Carta 84.

mo. El mismo modo de proceder, y la misma facilidad de contradecirse en sus pensamientos se observa en el célebre Rousseau, quien, no obstante eso, se lisonjea de ser el hombre mas sincero y veraz de su siglo, y aun de los otros. Por un lado en el Emilio hace un pomposo elogio del Evangelio, que daremos en la tercera parte de esta obra, donde entre otras cosas confiesa « le sorprende la majestad de las Escrituras, y que la santidad del Evangelio habla á su corazón; » añadiendo, « que jamás los escritores hebreos hubieran podido inventar aquel estilo, ni aquella moral. » Y por otro, despues de estos y otros elogios que convienen á un libro divino, dice: « Que este mismo Evangelio contiene cosas que ni puede concebir ni creer un hombre de juicio. » Ni se contenta con decirlo así en general; antes en la Carta al Arzobispo ¹ de Paris declama contra los preceptos y consejos evangélicos, especialmente contra el Celibato y el Matrimonio, de un modo procaz y vehementísimo, llamándolos á boca llena nocivos, cetro de hierro, leyes insensatas. Dicterios é impertinencias que no nos detenemos á rebatir, porque de lo dicho ya en varios lugares, y de lo que diremos despues, quedan plenamente confutadas; y solo las mencionamos para que se conozca la maravillosa conexión de ideas, y método de pensar verdaderamente extraño de estos nuevos filósofos, que han sabido unir tan maravillosamente en su cabeza y sistema el sí y el no, la santidad y perversidad, lo divino y la insensatez. ¿ Será posible haya aun hombres que no lleguen á penetrarse del aprecio de tales libros, ó mas bien diré, de este hacinamiento confuso de locura y de impiedad?

III. Necia censura de los Naturalistas contra los Ritos de la Religión Católica.

Pero el esfuerzo mayor de los Naturalistas es contra el Culto, la Disciplina, y los Ministros de la Religión cristiana. « Acaso Dios, dice uno de ellos, no está mas » descontento de la diversidad de los homenajes que le

¹ Pág. 77.

» tributan las diferentes Religiones, que lo está de que
 » en la Iglesia Romana algunos Religiosos recen los ma-
 » ñines á media noche, y otros por la mañana; unos los
 » canten, y otros los salmeen ¹. » Nuevo argumento en
 verdad del elevado modo de pensar de estos filósofos.
 Los homenajes ó el culto exterior no son mas que una
 protestacion del culto interior ²; es decir, de los senti-
 mientos y afectos del hombre para con Dios. Si éstos
 son verdaderos, santos é inocentes, el culto es recto: si
 son falsos y perversos, es supersticioso. ¿Pues cómo po-
 drá Dios ser indiferente á la diversidad de los cultos que
 se le tributan en las diferentes Religiones, si todos ellos,
 excepto el de una sola, son protestaciones de falsos senti-
 mientos, y de torcidos afectos acerca de la Divinidad?
 Probado, como en efecto lo está, que la Religion Cris-
 tiana es la única verdadera, y revelada por Dios; todas
 las invectivas y dicterios de los Naturalistas y demás
 impíos contra nuestras Ceremonias y nuestros Ritos, y
 contra el conjunto de acciones externas, que aprobadas
 por la Iglesia forman nuestro *Culto*, todas se desvanecen
 por sí mismas. Pues por una consecuencia necesaria,
 siendo nuestro culto externo protestativo de un culto
 interior, que es verdadero, como que nace y está soste-
 nido por la revelacion de Dios, es legítimo, inocente y
 santo. Es pues una superchería evidente de estos filósofos
 criticar y mofarse de las consecuencias, sin osar impug-
 nar la proposicion demostrada de que se derivan. No
 se nos oculta pretenden apoyar su opinion exagerando la
 conformidad de nuestros Ritos con los de los Gentiles,
 con lo cual se creen autorizados para reirse de ellos, y
 despreciarlos como supersticiosos; lo que especialmente
 sirve de ocasion al autor de las *Cartas judías* para des-
 atarse en amargas sátiras y dicterios. Los Protestantes,
 enemigos jurados de la Iglesia católica, les habian en
 esto precedido, y tienen la gloria de ser sus maestros.
 En efecto, el ginebrino Musard en el siglo pasado dió á
 luz una obra ³ de propósito para probar que las *Ceremo-*

¹ *Les Mœurs*, 1 p., art. 2.

² Santo Tomás, 2. 2. q. 93, art. 2 ad 2.

³ *Conformidad de las Ceremonias modernas con las anti-
 guas, etc.* Amsterdam, 1744.

*nias de la Iglesia romana estaban tomadas de los Paga-
 nos.* A él siguieron David Meyer, Forbesio, Walkenier,
 Owen, Rivet, Jurieu, Zimmerman, y otros varios citados
 por Fabricio ¹, los cuales todos, bajo los ostentosos títu-
 los de *Roma gentilizante*, el *Papado impregnado de pa-
 ganismo*, *Conformidad etnico-pontificia* y otros seme-
 jantes, se permitieron mil invectivas contra los Católicos.
 Y aun el inglés Olmead ², despues de haber procurado
 cotejar ciento cuarenta y cinco capítulos de conformidad
 entre los *Papistas* y los *Gentiles*, se adelanta en otros
 diez y siete á persuadir ¡cosa en verdad admirable! que
 el Culto de aquellos es mucho peor que lo era el de
 éstos.

IV. *Confutase una Carta del inglés Midleton sobre la con-
 formidad de las Ceremonias de la Iglesia y las de los
 Paganos.*

No podemos aquí pasar en silencio al inglés Midleton,
 tan conocido en la república de las letras por su Vida
 de Ciceron. Este, en una *Carta* ³ con la data de Roma,
 y en el *Prólogo* que la antecede, tan pesado y prolijo
 casi como la misma obra, haciendo alarde de haber cor-
 rido y examinado todos los ángulos de aquella ciudad,
 mezclando en todo confusamente la antigüedad gentí-
 lica; á la manera que algunos eruditos visionarios ilus-
 trando algun escritor descubren en él alusiones é imita-
 ciones de ejemplares antiguos, en los cuales no soñó
 el autor; se le figura y cree hallar en las costumbres
 gentílicas el modelo de todos y cada uno de nuestros
 ritos. Y en esta forma, y sin mas razones, cree probado
 que Roma papística es la Roma pagana, y nuestras ce-
 remonias Ritos *supersticiosos, idolátricos, diabólicos*; que
 estos son los únicos epítetos con que nos honra. Lo par-
 ticular es que estos libros tan llenos de erudicion como
 de hiel, en el dictámen de sus mismos autores, y aun

¹ *Bibliograph. antiquar.*, cap. 4.

² Véase á Fabricio ya citado.

³ Carta escrita en Roma, en que se muestra la exacta con-
 formidad, etc.

de los libertinos, nada valen ¹; los más doctos y sabios entre los Protestantes lo confiesan; y entre otros podemos nombrar á Fabricio y Warburton ². Y á la verdad, ¿son acaso necesarios muchos conocimientos para desvanecer todo ese aparato ostentoso y ridículo de pasajes y de citas con que estos escritores piensan asombrarnos? Permítasenos dilatar un tanto más sobre esta materia tan interesante, y más en estas circunstancias. En primer lugar decimos que la pretendida semejanza, dado que la haya, no prueba necesariamente que nuestros Ritos se deriven de los de los paganos. Porque ¿quién ignora que, teniendo los hombres la misma imaginación, sucede con frecuencia formarse ideas iguales sobre objetos semejantes, y convenir en ciertos distintivos sin haberse comunicado ni tenido noticia unos de otros? Oigamos lo que dice J. J. Basnage, célebre calvinista ³, hablando de los Americanos, entre los cuales pareciéndoles á algunos hallar costumbres semejantes con los ritos hebreos, juzgaban que procediesen de una misma raíz. « No basta, dice, que se hallen en estos » pueblos bárbaros algunos vestigios de judaísmo; por- » que hay muchos ritos que han sido comunes á las » religiones idólatras y á los judíos. Los que dan mucha » facultad al demonio, se quejan mucho tiempo ha de » que ha querido imitar á Dios, y procurado hacer sus » misterios y su culto semejante al del Ser Supremo. » Pero sin sacar al demonio del infierno, siendo el espíritu humano tan semejante en todos los hombres, » muchas veces estos conciben los mismos sentimientos » en materia de Culto. No es pues necesario que el idó- » latra vaya á tomar todas sus ceremonias de la verda-

¹ Los mismos incrédulos conocen que todo aquel aparato de erudición está fuera de su lugar, y mal aplicado. Quieren dar á entender que proceden no por vanidad sino por convencimiento, y de ahí esas declamaciones. Yo diría que obran por odio á Dios; cuando se aborrece á una persona, todo lo que cede en honor suyo desagrade. De ahí es que á los Santos todo les ha parecido siempre poco para honrar á Dios, y á los impíos todo les parece superfluo.

² Véanse en el *Catecismo de Feller*, n. 504, otros varios testimonios.

³ *Historia de los Judíos*, lib. 6, cap. 3.

» dera Iglesia. ¿Cuántos idólatras, sin haberse conocido » jamás, han tenido las mismas ideas sobre los dioses, » y les han tributado casi los mismos obsequios?... Así » igualmente se pudo imitar en la América á los Judíos, » sin haber tenido comercio con ellos. El altar erigido » sobre doce piedras, la oblacion de las primicias, el » cómputo de los tiempos regulado por el movimiento » de la Luna, pudo ser imaginado en todos los países. » Y bien, este solo testimonio de aquel docto protestante ¿no basta á desvanecer y confundir las fatigas de Middleton, quien con el hacinamiento de tantas noticias de antigüedades pretende veamos á Roma católica en la Roma pagana? Pero digamos algo que se acerque más á nuestro propósito, y continuemos disputando contra este furioso enemigo de los Papas con los testimonios de autores, á quienes no se tachará de papistas. Juan Alberto Fabricio, hablando de los antiguos Cristianos, dice así ¹: « Hubo ya en otro tiempo algunos que acusaban al Cris- » tianismo de ser un compuesto de Judaísmo y de Genti- » lismo; á los que respondieron Kortholt y Juan Filesa- » co. No negamos que los antiguos Ritos, muy ajenos de » toda superstición, se tomaron en gran parte de los Ju- » daicos por los antiguos Cristianos, como Ludolfo ense- » ña. Confesamos también que algunos de ellos (de los » ritos cristianos) se asemejan á los gentílicos; mas no » por eso juzgamos se hayan de atribuir á los gentiles » como si fueran sus autores; así como tampoco que los » gentiles hayan tomado de los cristianos ó de los judíos, » de quienes siempre hicieron el mayor desprecio, todo » lo que practican semejante á nuestros Ritos.... Acuér- » dome haber dicho en otra parte que la semejanza de » ceremonias y costumbres que se advierte en los sagra- » dos Ritos, cualquiera que sea, es un argumento dema- » siado incierto para inferir que los unos hayan tomado » de los otros aquello en que parecen semejar. » Hasta aquí Fabricio. Vea pues Middleton lo que en el sentir de este erudito luterano vale toda su larga sátira para hacernos pasar por *idólatras y paganos*. Pasée enhora-

¹ *Bibliograph. antiquar.*, cap. 4.

buena su fantasía por el templo de *Venus en Pafos*¹ para observar allí nuestras principales iglesias: el de Apolo de Delfos⁴ para encontrar allí el diseño de nuestras pilas de agua bendita ó *vasos lustrales*. No hay duda; para él la *Hecuba de Homero*⁵ postrada delante de la *Diosa Palas* será infaliblemente el original de la veneración de las señoras católicas á la Madre de Dios. Las imágenes de esta Santísima Virgen serán copiadas de las de Isis⁴, ó de Proserpina⁵. En una palabra, quédese contemplando la idea arquétipa de nuestros ritos en Homero y en Virgilio, en las antigüedades de Montfaucon, y las inscripciones de Grútero, que no dudamos aplaudirá el mundo católico sus bellísimos descubrimientos.

Pero sin salir de las islas del Norte, ni venir á contaminar sus delicadas observaciones en Roma, ciudad toda llena de idolatría, y adonde su zelo⁶ le hacia aborrecer tanto la visita de los sagrados sepulcros de los Santos Apóstoles, y mucho mas el *ósculo de las sandalias de su sucesor*⁷ (bufonada indigna de un protestante de

1 En la *Carta citada*, p. 147. — 2 *Ibid.*, p. 152. — 3 *Ibid.*, p. 177. — 4 *Ibid.*, p. 171. — 5 *Ibid.*, p. 177. — 6 *Ibid.*, p. 133.

7 Con distintos ojos han mirado otros sabios protestantes esta práctica de veneración religiosa. El ilustre Horacio Walpole referia con ternura que siendo aun jóven, y llegando en su viaje de Italia á Roma, fué introducido en la Cámara de su Santidad. A su vista quedóse inmóvil sin saber si debía someterse al ceremonial establecido de besar la cruz bordada que hay en la sandalia del santo Padre. Benedicto XIV, conociendo su irresolución, con aquella amabilidad que le distinguia, y con la dulzura de un padre que ve á un hijo suyo respetuoso y tímido: « *Acercaos, hijo mio, le dijo, no temais recibir puesto de rodillas la bendición paternal de un anciano: ella no podrá haceros mal.* » Walpole, movido de una invitación tan delicada, se arrodilla, no sin experimentar una sensación religiosa, y un enternecimiento, cuya causa no conocia. Desde entonces el jóven viajero, cuyo genio precoz admiraba las brillantes cualidades que distinguian al Pontífice, buscaba con ansia ocasión de gozar de su conversacion, y todo el tiempo que permaneció en Roma no cesó de ir á tributarle sus homenajes. Por lo demás esta genuflexion, asi como el acto de besar la cruz sobre el pie del sucesor de san Pedro, es una señal de veneración hácia el Pastor supremo é invisible á quien representa. No tienen, pues, motivo los protestantes para formalizarse sobre ello.

honor), podia la erudicion del Middleton hallar tambien en su país los vestigios de los originales paganos. En efecto, ¿no se le presentaba en la suprema cabeza de la Iglesia anglicana el *ieron basilicos* de los Griegos? carácter que primeramente tuvieron los reyes de Roma, que despues con el titulo de *Pontífice máximo* fué con ansia ambicionado por Augusto y conservado por los otros emperadores idólatras, como consta de las medallas é inscripciones? En su gerarquía eclesiástica podia ver los *Flamines mayores y menores*; en la ordenacion de sus Obispos la *inauguración* que hacia de los *Flamines* el *Pontífice máximo*¹. ¿Y cuántas imitaciones de la antigüedad pagana le hubieran presentado solo las ceremonias con que en su Iglesia anglicana se celebra el matrimonio? El anillo, que segun su Ritual² pone el pastor en la mano del esposo, le habria recordado el *anillo prónubo*: al oír al presbítero mandar al esposo poner dicho anillo en *el dedo cuarto de la mano izquierda* de la esposa, hubiera creído ver la antigua ceremonia romana de que sus autores nos hablan, especialmente Plinio: al darse mutuamente las manos delante del presbítero, infaliblemente le habria ocurrido aquel hermoso verso de Virgilio³:

¿Ni á detenerte, infiel, será bastante
La diestra dada, y mi cariño amante?

¿Qué mas? Las mutuas promesas y preguntas de los esposos le hubieran traído á la memoria eran puntualmente las mismas que, segun Boecio, se hacian los gentiles al contraer el matrimonio, que llamaban *Coempcion*. Últimamente, observando que, segun el consejo de su Ritual⁴ ambos á dos se llegaban á la *sagrada comunión anglicana*, con un hermoso texto de Dionisio Halicarnaseo⁵ en la mano, habria mostrado ser una simple copia de aquellas *sagradas nupcias* que los antiguos Romanos, con una expresion singular y peculiar suya,

1 Como en Inglaterra por la supremacía todo depende del Rey, cuadran preciosamente todas estas prácticas gentílicas.

2 De la impresion de Lóndres de 1685, pág. 261.

3 *Eneida*, l. 4, v. 307. — 4 Pág. 279. — 5 Lib. 2, cap. 25.